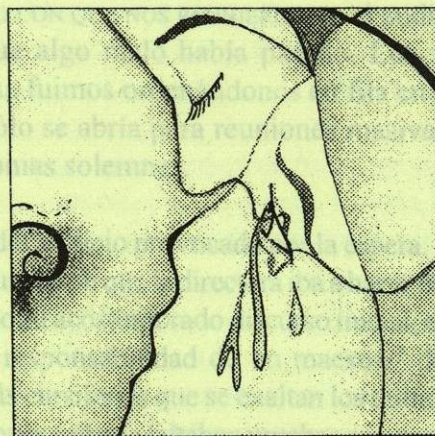


Su primera reacción fue ponerse la mano sobre la boca como queriendo ahogar su expresión de sorpresa y, a la vez, de angustia.

Por su parte, el ahora afamado médico, como si su lengua de pronto se hubiera convertido en un afilado bisturí, contestó:

—Disculpe pero la verdad no recuerdo haberla visto antes. ¿Cómo puede creer que habría olvidado a una señora tan respetable y tan decente como usted?

LA SEÑORITA ROCÍO



Su primera reacción fue ponerse la mano sobre la boca como queriendo abogar su expresión de sorpresa y, a la vez, de angustia.

Por su parte, la señorita Rocío, como si su lengua de pronto se hubiera convertido en un afilado bisturí, contestó:

—Disculpe pero la verdad no recuerdo haberla visto antes. ¿Cómo puede creer que habría olvidado a una señora tan respetable y tan decente como usted?



La señorita Rocío no era una maestra del montón. Nos enseñó **E**L MISTERIO CON QUE NOS REUNIERON en el auditorio, nos hizo pensar que algo malo había pasado. Los seis grupos de secundaria fuimos ordenándonos en fila en los asientos de un recinto que sólo se abría para reuniones masivas de padres de familia o ceremonias solemnes.

Después del bullicio provocado por la espera, los toques en el micrófono nos anunciaron que la directora iba a hacer uso de la palabra. Una vez terminado su acostumbrado discurso inicial, empezó a hablar de la “tremenda responsabilidad de un maestro” de “su ejemplar conducta” y demás cursilerías que se exaltan los quince de mayo; nos extrañó ese tema pues todavía faltaban muchas semanas para esa fecha y además su tono fue haciéndose más severo. El nerviosismo de la directora era notorio porque sus frases eran interrumpidas por carraspeos o tos, hasta que con el volumen más bajo, declaró:

—Por razones que no vale la pena mencionar ahora y en nombre de la mesa directiva de este instituto y de quienes lo representamos, les comunico que la licenciada Rocío Valenzuela Montes ha renunciado a la titularidad de Historia y Civismo y, por lo tanto, se retira de este colegio definitivamente.

Como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, una gran mayoría nos levantamos del asiento y un ¡no puede ser! resonó

casi al mismo tiempo. Nos veíamos unas a otras incrédulas y repetíamos –¡No! ¡No! ¡No!

La señorita Rocío era, no una, sino la única alegría de ese colegio embadurnado de estatutos, disciplina y conceptos asfixiantes. Quienes presidían aquella reunión se esforzaban infructuosamente en calmar los ánimos de esa chiquillería rebelde y desconcertada que nos negábamos a aceptar la renuncia de una queridísima maestra, que ni siquiera estaba presente para explicarnos de frente el porqué de esa decisión.

Un encorbatado se puso de pie –seguramente el padre de alguna alumna– y con impaciencia y coraje golpeó el escritorio hasta que nos hizo callar.

–Son demasiado jóvenes para entender muchas cosas –dijo el señor, con el clásico acento del adulto que no puede concebir inteligencia en alguien que tenga menos de quince años–. En lugar de la licenciada Valenzuela –continuó– se pone a sus órdenes la maestra Sor María del Consuelo Martínez, aquí presente.

Unos abucheos se dejaron oír, y los golpes en el escritorio sonaron de nuevo violentamente. Muchas lloraron, otras se enojaron y algunas, como yo, nos quedamos desconcertadas.

Un auto compacto de color amarillo y mofle ruidoso, anunciaba la llegada de la señorita Rocío. Decenas de muchachitas nos agolpábamos para abrirle la puerta, cargar sus libros, llevar su bolsa o sus lentes. Con una risa sonora y contagiosa nos recibía, nos palmeaba la espalda, nos revolvió el fleco; pero, sobre todo, nos iluminaba el día. ¿Qué tenía la señorita Rocío que nos fascinaba a casi todas las alumnas del Instituto Orientación? Ahora que lo recuerdo, no era ninguna belleza de concurso, pero su personalidad se imponía en el

salón de clases. Sabía ser dulce o dura cuando era pertinente; así como también cumplía sus promesas, ya fueran a favor o en contra. Era alérgica a las mentiras, su lenguaje sólo permitía “hablar con la verdad, aunque fuese, en ocasiones, doloroso”. Una de sus mayores virtudes era saber escuchar; permanecía tan atenta, como si lo que decíamos fuera lo más importante en el mundo y su reloj lo considerara tan sólo un adorno. Yo buscaba en balde tener algún conflicto para llamar su atención, pero a mis trece años todavía no sabía lo que era un problema que no fuese una operación matemática.

La señorita Rocío no era una maestra del montón. Nos enseñó a entender la Historia y a cuestionarnos sobre el proceder de nuestros héroes nacionales. Acostumbraba llevar diferentes textos para confrontar opiniones y así obligarnos a llegar a conclusiones personales. En una ocasión nos sorprendió al llevar a clase a un anciano de ochenta y cinco años, con grado de Mayor, que estuvo a punto de ser fusilado en el periodo de Carranza, para que nos relatase de viva voz su experiencia en la Revolución. En fin, su entusiasmo por la Historia, nos hizo apasionarnos por el estudio de esa disciplina de manera que la Decena Trágica, la muerte de Belisario Domínguez, el periodo de Calles o el asesinato de Obregón, fueron hechos que han quedado en nuestra memoria claramente definidos.

En aquellos años, a la escuela se asistía por la mañana y por la tarde. Entre los dos turnos había un lapso de tiempo justo para comer y descansar un poco. La señorita Rocío vivía en un municipio alejado del nuestro y trasladarse al instituto le llevaba cuarenta minutos aproximadamente; en un principio –según nos dijo– comía en un pequeño restaurante porque le era imposible ir a su casa. Poco después, fueron tantas las invitaciones a comer por parte de algunos padres de familia que vivían en las cercanías del colegio, que nunca más tuvo que comer sola en un lugar público.

Yo era demasiado tímida como para atreverme a invitarla, pero muchas veces tuve oportunidad de estar presente también como

invitada en casa de Graciela, una de mis mejores amigas, cuya familia gozaba frecuentemente de tenerla en su mesa. Daba gusto observar la naturalidad con que se conducía y cómo su sencillez cautivaba a sus anfitriones; ayudaba a poner la mesa, a servir los alimentos, a lavar los trastes y, además, siempre llevaba un postre sorpresa. Quienes la conocían comentaban: —¡Tiene un carisma especial!

Nadie es perfecto y, por supuesto, ella no era la excepción. Sus defectos más graves eran tres: fumar un cigarrillo tras otro, tomar Coca Cola a todas horas y tener unos considerables kilos de más.

Una de las ventajas de mi carácter introvertido era que me permitía ser muy observadora y estar atenta a lo que sucedía a mi alrededor. La señorita Rocío no era bien aceptada por sus compañeras de trabajo. Las maestras de matemáticas y ética la miraban recelosamente y a sus espaldas hacían comentarios ácidos bastante desagradables. Nunca he logrado percibir de forma tan clara la envidia en una persona, como en los rostros de esas mujeres

A medio año escolar, le quitaron la titularidad de nuestro grupo. Esto fue un golpe bajo, tanto para ella como para nosotras. El hecho fue tan arbitrario que quisimos organizarnos y oponernos ante la dirección. La misma señorita Rocío nos obligó a desistir porque con nuestra actitud podía peligrar su empleo.

Poco tiempo después, al regresar de vacaciones por Semana Santa, nos enteramos que esos días de “invitación a la reconciliación y al perdón” —según nuestras tradiciones católicas— habían servido para urdir un plan, donde la señorita Rocío recibiría el tiro de gracia

—¿LESBIANA?

—¿Es que no puede ser? ¿Quién inventó algo así?

—¡Imagínate! Alguna mente enferma.

—Pero... ¿Cómo pudieron creer eso?

—Porque lo atestiguaron tres alumnas y dos maestras.

—¿Quiénes son?

—Lo mantienen en secreto, pero no sería difícil averiguarlo.

—Pero nuestras hijas también pueden atestiguar lo contrario. ¿En qué se basan para acusarla de perversión?

—¿Recuerdas que las niñas de tercero “A” hicieron una fiesta sorpresa a Marilú, por sus quince años?

—Sí, ¿y qué?

—Pues, según esto, una de las compañeras, Diana, llegó muy arreglada con un vestido de tirantes que llevaba un saco tipo torero muy llamativo, y la señorita Rocío le pidió que modelara. Diana, haciéndose la payasa, tarareó la tonada típica del *strip tease* y se quitó el saco coquetamente.

—¿Y luego qué?

—Que de ahí le agregaron e hicieron un cuento muy largo y muy sucio.

—¿Cómo es posible que una estupidez de adolescencia sea tomada como el argumento de una difamación?

—La verdad es que la odiaban por el éxito que tenía en la escuela y buscaban desde hace tiempo hacerle daño. De pronto se presentó una circunstancia que favoreció sus propósitos y...

—Pero, ¿por qué con algo tan mezquino?

—Porque la envidia así es.

—Y... ¿Qué vamos a hacer?

La madre de Graciela dijo muy triste:

—Nada, porque Rocío no quiere luchar. Ella me pidió que les agradeciera todo nuestro apoyo, pero no se siente capaz de enfrentar las consecuencias de una demanda. Está tan deprimida y tan asustada que sólo de pensar en la publicidad que se pudiera dar al asunto, quisiera morirse. Además, me dijo que siempre quedarían dudas; lo que hace temer que jamás volverá a pisar un salón de clases.

—¿Y entonces nos vamos a cruzar de brazos?

—Por el momento sí, porque nuestras hijas podrían ser objeto de represalias o, incluso, perder el año escolar.

Aquella conversación de nuestras mamás, que escuchamos tras la puerta, nos aclaró el misterio de esa mañana en el auditorio. Entonces, por primera vez supe lo que era estar en un serio problema.

Aunque han pasado muchos años de aquello, en mi memoria está muy vivo el recuerdo de nuestra querida maestra despidiéndose con los ojos enrojecidos. Cuando nos llegó el turno, mi madre le aseguró que tarde o temprano la verdad saldría a la luz. La señorita Rocío le contestó algo que nunca olvidaré:

—Levantar un falso a una persona es como rasgar y sacudir una almohada de plumas en la cima de una montaña; recuperar su prestigio implicaría recoger hasta la última pluma arrastrada por el viento.

JUNTA FAMILIAR

